Así, el mismo concepto de la redención plenísima en María nos conduce al privilegio singular de la in-

---

raleza, *peccatum naturae*, y secundariamente redimió los individuos de dos maneras: la una en cuanto participando de la naturaleza humana contraen el pecado original, y la otra en cuanto satisfizo por sus pecados actuales, mereciéndoles el perdón.

2.º Es cierto igualmente que la redención se distingue de la aplicación de la misma. Ésta puede hacerse de varios modos, según la voluntad positiva de Dios. Los principales son: I. Mediata ó inmediatamente por Dios. II. Física ó moralmente. III. Parcial ó totalmente.

La aplicación inmediata se verifica cuando Dios por sí mismo, sin ningún medio ó instrumento, comunica la gracia, y esto Jesucristo también lo puede hacer por la potestad autoritativa, y porque su virtud, como dice el Angélico, no está ligada á los Sacramentos. Mediatamente se aplica la redención, cuando se sirve Dios de algún medio ó instrumento físico para comunicar la gracia, como sucede en los Sacramentos.

La aplicación física de que aquí hablamos, es la que proviene de la eficacia de la redención de Cristo físicamente existente, y moral la que aplicó Dios á los Patriarcas y justos de la antigua Ley, en atención á los méritos del futuro Redentor.

La aplicación total se verifica cuando Dios sana y restituye la naturaleza singular de alguno á la perfección del primitivo estado en cuanto á la culpa y en cuanto al *fomes* que de ella deriva; pues habiendo Dios redimido primariamente la naturaleza humana, es cierto que, si hubiese aplicado á ella la virtud infinita de su pasión, hubiera sido de tal suerte sanada y restituída á la primera hermosura, que ninguno, después de esta aplicación, hubiera contraído el pecado original, y, sin embargo, todos hubiéramos sido plena y propiamente redimidos por razón de la común naturaleza.

Lo que Dios no hizo en la naturaleza común hízolo en la singular de María, sanándola por completo; de suerte que el individuo que de ella resultó, ni debió ni pudo contraer próximamente la mancha original. No debió, ó no contrajo el débito próximo, como se dice vulgarmente, porque el débito no consiste en otra cosa que en la participación de la naturaleza corrompida de Adán; pero la Virgen no participó de naturaleza corrompida, porque, como hemos dicho, su naturaleza singular fué sanada por completo, aplicándosele moralmente y de un modo plenísimo la redención de Cristo. Ni pudo contraer la mancha, porque ésta se contrae también participando de la naturaleza corrompida de Adán, lo que no tuvo lugar en María.

maculada concepción y á todos aquellos que en el primitivo estado derivaban de la justicia original. Su Corazón, como el de Adán, al ser formado latió con un acto encendidísimo de amor á Dios, y de esta primera harmonía del amor brotaron también harmoniosos todos los demás afectos. Este solo acto fué más grato al Señor que todos los de los ángeles y santos juntos, porque, como dijo el real Profeta, Dios asentó los fundamentos de su Ciudad sobre los montes santos. *Fundamenta ejus in montibus sanctis.* ¡Oh harmonía divina la de aquel primer latido! Imagínome que los ángeles estarían escuchando alrededor del seno de Santa Ana, para ver si podían repetirla en sus arpas de oro y hacer con ella más regalada música al Criador.

Por este perfecto concierto de los afectos, el Corazón de María fué bellísimo ya desde el primer instante de su existencia, y en vista de aquella hermosura que excedía la de los cielos, atónitos los querubes se paraban á contemplarla, y como saludándola y aclamándola enviaban sobre él una lluvia de perlas y de flores, de aquellas que esmaltaban el paraíso celestial, cerrado aun á los santos. Porque no habían de coronar el Corazón de la nueva Eva guirnaldas del paraíso terrenal, como coronaron el de la antigua, pues no otras flores eran convenientes á tan gran hermosura que las que crecen en los repuestos valles de la inmortalidad.

A más de la ventaja que el Corazón de María llevaba al de los primeros padres por la sobreabundan-

cia de gracia que le fué comunicada en el primer instante de su concepción, mucho mayor que la que Adán y Eva alcanzaron por la justicia original, hay otra que resalta á primera vista y que ha hecho el Corazón de la Virgen inmensamente más glorioso que el de nuestros primeros padres. El de éstos, ¡ah! fué como una gallarda flor que hermosa abre á la mañana su cáliz, bajo el influjo de los rayos del sol, y que á la tarde el viento abrasador la agosta y la marchita.

¡ Qué poco duró la felicidad y hermosura de aquellos dos corazones! Por esto, cada vez que la consideramos, al placer que de su contemplación resulta acompaña siempre un sentimiento de compasión al ver cuán pasajera y fugaz fué y cuán pronto cayeron de aquel feliz estado, y otro sentimiento más profundo aún, triste y muy triste, porque aquella hermosura y felicidad la perdieron también para nuestros pobres corazones.

No sucede lo mismo con el Corazón de María. Su hermosura fué siempre de aumento en aumento, porque ya desde el principio lo rodeó Dios con su virtud omnipotente, haciéndolo impecable por gracia. No entró, no, jamás la serpiente en este jardín escogido; no sopló en él nunca el viento abrasador de la concupiscencia, ni la más ligera nube obscureció alguna vez tan sereno cielo. Por esto su contemplación no anda mezclada de amargura, ni sentimiento triste viene á empañar su brillo, que antes bien acrece la alegría y el deleite viendo que él nos ha merecido la

gracia y hermosura que perdimos por la común madre Eva.

Una sola cosa parece, á primera vista, obscurecer el Corazón de nuestra querida Madre. ¿Dónde está en él la harmonía de la vida? ¿Cómo es que estuvo sujeto á los dolores y á la muerte? Aquí parece ocultarse por un momento la natural hermosura de su Corazón, pero no es sino para dar lugar á lo sublime; y así como lo sublime no es, ni mucho menos, privación de belleza, por más que á las veces su aspecto se presente con aparentes disonancias, así tampoco hemos de conceder que el Corazón de María fuera en lo más mínimo afeado por haberse sujetado á los dolores y á la muerte; sino más bien, así como en lo sublime parece cierta infinita grandeza que impone respeto, y las externas disonancias se resuelven en una consonancia íntima, superior é incógnita, así los dolores del Corazón de María y el haber cesado de latir por espacio de tres días en el sepulcro se resuelven en una belleza y harmonía de orden superior, cual fué que con ellos, á semejanza de su benditísimo Hijo, cooperó á nuestra redención y fabricó para sí misma nueva corona de inmensa gloria.

Sin embargo, la vitalidad de su Corazón fué siempre la misma, su ritmo siempre perfecto, y en todas sus acciones se traslucía la interna consonancia y el vivir bello y harmónico. Cuando por disposición divina y por fines altísimos se paró la máquina de su Corazón para dar lugar á que la muerte, por espacio de tres días, se enseñoreara de su cuerpo, la corrup-

ción no penetró en él, ni padeció lesión alguna, y tras aquel breve tiempo volvió á andar con nueva inmortal vida para no cesar nunca más en su bello movimiento. Así el Corazón de María, por todas sus caras, fué cándido y hermoso ya desde su primer latido, ora se le considere en las harmoniosas ondulaciones del amor, ora en su concierto vital y rítmico. Las brillantes llamas que salen de su seno con la corona de flores que le rodea, representan la hermosura de su amor, y su misma configuración, convidándonos á la vida, la hermosura de su ritmo.

FRUTOS DE LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE MARÍA

Era el mes de Noviembre del año 1881, cuando dos de nuestros Misioneros recorrían los pueblos de la alta montaña de Aragón, situados en valles amenos, rodeados de frondosísimos bosques, donde conservan todavía la plenitud de sus dominios el oso, el lobo, el jabalí y las cabras monteses. En uno de los pueblos más cercanos á la República francesa vivia un pecador obstinado, el cual, según de público se decía, había más de treinta años que no había pisado los umbrales del templo. Diez años antes, con ocasión de otra Misión que hubo, quedó instalada la Archicofradía del Sagrado Corazón de María, llevando al efecto de Barcelona una imagen bellísima, que fué paseada en triunfo por calles y plazas con entusiasmo general de todo el pueblo y comarca.

Mas al pasar la procesión por el taller de dicho pecador, que era herrero de oficio, lleno de coraje y despecho empuñó un martillo en cada mano y empezó á dar recios golpes contra el yunque, vomitando al propio tiempo horribles blasfemias. A los pocos días enfermó de gravedad un hijo suyo, el único que tenía, y á quien amaba como á las niñas de sus ojos, inocente criatura de unos tres años de edad, el cual durante los tres ó cuatro días que duró su enfermedad, en su continuo delirio movía alternativamente las manecitas cerradas, como si estuviera dando con dos martillos contra el yunque, y al propio tiempo se mordía la ternecita lengua hasta deshacerla á pedazos, de suerte que todos los que le veían exclamaban llenos de asombro: " La justicia de Dios se ve aquí (1). „

Murió el hijo, y desde entonces una penetrante espina quedó clavada en el corazón del padre, quien aguardaba ocasión oportuna para arrancarla; y aprovechando la permanencia de dichos Misioneros en aquel pueblo, se deslizó entre la muchedumbre el día de la comunión general, y llorando fué á postrarse á las plantas de la imagen bella del Inmaculado Corazón de María para desagraviarla de los ultrajes que le había hecho, no sin que antes hubiese purificado su alma pecadora en el santo tribunal de la penitencia.

(1) Esta relación se conserva en el archivo de la parroquia en que se verificó el hecho.